

Cuándo era mas preciso el acuerdo de las autoridades para concluir con los nuevos bandidos, se acalaron mas que nunca las disputas de jurisdiccion y de prerogativas entre el capitan general y la chancillería. En vez de concentrar la fuerza en una sola mano el rey para dirimir la competencia la repartió entre los dos poderes. El presidente de la audiencia y los alcaldes podian levantar y mandar tropas, el capitan general tenia la inspeccion de la costa marítima. Las pequeñas cuadrillas que formaron los alcaldes no eran, como dice el historiador Mendoza, en su guerra de Granada, *ni bastantes para asegurar ni fuertes para resistir*. La justicia militar, la justicia civil, la justicia eclesiástica, hallaban por dó quiera culpables donde no los habia. Todos eran á reclutar para los monfis ó salteadores, cuyo número llegó á ser mayor que el de los moradores pacíficos de los pueblos. Adoptáronse varias providencias rígorosas pero ineficaces para reprimir á estos salteadores cuya audacia llegaba hasta penetrar en Granada. Entraban de noche en el Albaycin, robaban las mugeres y los niños de los cristianos y asesinaban á los hombres. Llegó el caso de que los cristianos no osasen salir á la calle de noche, ni á la vega de dia sino en número suficiente. Muchos jóvenes cristianos viejos, se armaron tambien, salian de noche á cazar los moriscos en las calles, y el alba del nuevo dia dejaba ver sus cadáveres tendidos en las calles y en los jardines. Tal era el triste aspecto que presentaba la hermosa Granada á fines del año de 1566:

MORISCOS.

Don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, uno de los teólogos que mas habian brillado por la sabiduría de sus doctrinas en el concilio de Trento, habia representado á Felipe II, en nombre del papa Pío IV, la necesidad de tratar con rigor á los moriscos y no tolerar en sus estados súbditos manchados con la heregía. Al ver el estado de Granada convoca en sínodo provincial á los obispos sus sufragáneos y proponen al rey la aplicacion de la pragmática de 1526, suspendida por el emperador Carlos V. El rey, si bien religioso hasta el fanatismo, celosísimo por los derechos de la corona, despues de hacer entender al arzobispo que el sínodo provincial no podia entrometerse en los negocios políticos sino en materias puramente eclesiásticas, reprobando la forma y adoptando el fondo de su representacion considerándola como hecha por unos particulares y no por un concilio, la remitió á una junta especial. Formaron esta junta don Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, presidente del consejo de Castilla; el duque de Alba; el prior de San Juan, don Antonio de Toledo; el vice-canciller de Aragon, don Bernardo de Bolea; el obispo de Orihuela; el inquisidor, don Pedro Deza, y el licenciado Menchaca; el doctor Velasco del consejo y camara real.

Esta junta se conformó con lo propuesto por el arzobispo Guerrero y aconsejó reproducir con mas rigor la pragmática de Carlos V, aquella famosa pragmática en que se prohibia la lengua árábica en público y en secreto, en que se condenaban los trages, nombres

y costumbres moriscas, en que ni se les permitia formar una nacion aparte, ni se les dejaba que se creyesen parte de la española.

Firmó el rey esta pragmática que tan funestos resultados iba á dar, el 17 de noviembre de 1566.

Para ejecutar estas disposiciones se nombró presidente de la chancillería de Granada al inquisidor don Pedro Deza. Hace imprimir éste secretamente la pragmática, y dispone pregonarla simultáneamente en Granada y en todos los pueblos del reino con desusada pompa al son de trompetas y timbales, el 1.º de enero de 1567, la víspera del dia en que hacia setenta y cinco años, bajo la fé de los tratados, habian abierto sus puertas los moros á los Reyes Católicos.

No aterrados, sino indignados y ardiendo en ira, quedaron los moriscos, dispuestos á morir antes que sufrir tantas humillaciones. En vano los moriscos mas ancianos, ricos é influyentes, apoyados de los mas nobles caballeros, hablaron al presidente Deza, para que apartase tanta calamidad del pueblo converso. En vano se dirigieron al mismo Felipe II, y el mismo capitan general marqués de Mondejar marcha á Madrid para pedir la suspension de la pragmática, como un acto de justicia, y para evitar la conflagracion que amenazaba. El rey oyó los informes apasionados del inquisidor Deza, é hizo volver á Granada al capitan general, para que apoyase con las armas sus disposiciones.

Acercábase el último dia de diciembre de 1567.

en que las mugeres debian dejar sus ropas de seda y árabes atavíos, y se mandó á los curas que en todas las iglesias lo anunciassen así, empadronando á todos los niños y niñas de tres á quince años, para obligarlos á ir á las escuelas á aprender la lengua española y doctrina cristiana. Se destruyeron los baños que formaban las delicias de los moriscos, y se espulsó á todos los forasteros de la ciudad, haciéndolos que regresasen á sus casas.

Acudieron al presidente nuevas comisiones, quejándose de estos nuevos agravios, y no hallaron en él, ni afabilidad en el modo de recibirlos, ni acogida en sus demandas. Marcharon entonces á la corte los comisionados, conducidos por don Juan Enriquez, una de las personas de mas prestigio de Granada. Don Pedro Deza escribió al presidente del Consejo, el cardenal Espinosa, enemigo mortal de los moriscos.

Ante dos bonetes se estrellan todas las reflexiones mas prudentes, los cálculos mas fundados de una política previsorá, como decia con tanta gracia como oportunidad, el capitan general marqués de Mondejar, aludiendo al inquisidor Deza y al presidente del Consejo, Espinosa. El rey, influido por Espinosa, ni aun abrió el memorial que se le presentaba, decretando que acudiesen al presidente don Pedro Deza.

Sin esperanza de remedio en su afliccion, los moros, de suyo supersticiosos, despues de haber consultado varias profecías, llamadas Jofores, conservadas en algunos de los libros árabes que habian podi-



do salvar de las hogueras del arzobispo Jimenez de Cisneros, proyectaron la atrevida empresa de resistir con las armas. Un tintorero, llamado Farax-Aven-Farax, de la noble familia de los Abencerrajes, hombre sagaz, de genio ardiente y atrevido, concibió el proyecto de la rebelion. Este tuvo conferencias con otros moriscos principales, que por casualidad se hallaban en Granada siguiendo pleitos en su chancillería, y formaron el proyecto de la conjuracion. El secreto fué el alma de sus operaciones, y antes de llevar á efecto su plan, resolvieron explorar la voluntad de los habitantes de las Alpujarras. Para hacerlo con mas disimulo, mandaron á tres moriscos de su mayor confianza á recorrer el pais á pretexto de hacer una colecta general para la construccion de un hospital fuera de la ciudad, para los pobres enfermos cristianos, habiéndoles concedido el gobierno licencia para obra de tanta piedad.

Recorrieron los comisionados los pueblos, las ciudades y toda la costa; se pusieron de acuerdo con los caudillos de los *monfis* ó salteadores, excelente base para la formacion de un ejército; se informaron exactamente de la disposicion de los habitantes, de las armas que tenian, de los sitios de las costas donde mas fácilmente podrian desembarcar los socorros que se lisonjaban recibir de los moros del África y de los turcos. Volvieron los comisionados, despues de haber llenado su mision con la mayor puntualidad y secreto. Concertaron los

conjurados dar el golpe para el día de Jueves Santo, 14 de abril de 1568, como día en que, ocupados los cristianos en los misterios mas santos de su religion, deberian estar mas desapercibidos.

Ese vago rumor que precede siempre á las tormentas y convulsiones políticas, la altivez de algunos moriscos, reveló al gobierno la proximidad de algun peligro. El presidente Deza hizo prender en rehenes el 5 de abril un gran número de vecinos sospechosos entre los mas ricos é influyentes de la raza morisca, y retiró la licencia de usar armas de fuego á todos cuantos hasta entonces las habian obtenido. El capitán general marqués de Mondejar, siguiendo siempre un sistema de templanza y de moderacion, se presentó en el Albaycin, recomendando á sus habitantes la quietud y la tranquilidad.

Viendo los conspiradores receloso al gobierno, aplazaron para mas adelante la ejecucion de su proyecto, y para alejar de sí toda sospecha, hicieron que los habitantes mas influyentes y mas ricos, se presentasen al presidente Deza á manifestarle su sentimiento por las prevenciones que se tomaban, y á protestar de su sincero cristianismo y lealtad. El presidente Deza, como inquisidor, mantuvo en alarma y sobresalto á los cristianos de Granada. Era tal la inseguridad, que la indiscreta ligereza de un solo soldado bastó para poner en un conflicto la tranquilidad pública. En la noche del 21 de abril, creyendo el centinela de la Alhambra que eran moriscos unos

soldados cristianos que subian con hachas de viento al cerro del Albaycin, tocó á rebato la campana de la Vela. Las mugeres corrieron á refugiarse á los templos y á las fortalezas; los hombres, sobresaltados, salian por las calles y plazas, á medio vestir, con espadas y arcabuces, y hasta los frailes de San Francisco, abandonando sus celdas, se presentaron armados en la Plaza Nueva. El presidente y el corregidor ocuparon las bocas calles del Albaycin, preparándose á rechazar por la noche á los moriscos, que entre tanto temblaban encerrados en sus casas, por miedo de ser asesinados.

La conjuracion de los moriscos habia sido solo aplazada, y cuando creyeron mas dormida la vigilancia de las autoridades, volvieron á reanudar los hilos de su trama. Celebraron los del Albaycin un conciliábulo en casa de un cerero llamado Adelet, y se resolvieron á dar el grito de la insurreccion en la noche del 1.º de enero de 1569, porque las profecías que habian consultado en sus libros, prometian que Granada seria reconquistada por los hijos de Islam en el mismo dia en que se habia perdido. Enviaron emisarios para alistar hasta ocho mil hombres en los lugares del valle de Lecrin y de Orjiba, recorriendo aquellos pueblos, á pretesto de vender albardas. A una señal convenida, y que debia hacerse desde el Pico de Santa Elena, debian dos mil monfis, ó salteadores, emboscados en unos cañaverales junto á Cenes, escalar el muro de la Alhambra por la parte

del Generalife. En el Albaycin debia estallar la insurreccion por tres puntos á la vez. Tres grandes grupos con sus banderas de diversos colores, carmesí la del que debia apoderarse de la puerta de Fajalauza; amarilla la del que debia ocupar la plaza de Bib-al-Bonut (hoy San Agustin el Alto); y otra azul turquí de los que debian situarse en la puerta de Guadix. A la voz y señales convenidas, correria cada faccion á pasar á degollar á cuantos cristianos residiesen en su parroquia respectiva, y luego bajaria el primero por el camino de Fajalauza al Hospital Real, entraria por la puerta Elvira, atacaria el edificio de la Inquisicion, y pondria en libertad á los moriscos, y en prision y tormento á los inquisidores. El segundo correria por la Cuesta de San Gregorio y Calderería, á la cárcel; y el tercero bajaria por la Cuesta del Chapiz y Carrera del Darro, á la chancillería en busca del presidente, que debia ser asesinado. Despues se reunirian todos en Bibarrambla, y auxiliados por los ocho mil hombres del alistamiento, se pondria la ciudad en estado de defensa.

Toda esta trama se habia urdido con tanto secreto, que el gobierno no habia podido penetrarlo, porque sus juntas se habian tenido con pretestos plausibles, y solo los habitantes de las Alpujarras se habian armado. El marqués de Mondejar, entrando en algunas sospechas por la audacia que mostraban algunos moriscos, por los insultos y sarcasmos con que menospreciaban á los alguaciles y agentes cristianos

de justicia, y sobre todo, por la insolente jactancia con que publicaban que antes de cumplirse el 31 de diciembre, término fatal de la pragmática, *habria mundo nuevo*, representó al rey que necesitaba mayor número de tropas; empero Deza, que era enemigo suyo, por algunas competencias que habian tenido sobre los derechos de su jurisdiccion, le aseguró que no habia que temer ninguna rebelion; que los moros no estaban descontentos como el virey decia; que el último edicto era bastante para contenerlos, y los magistrados tenian autoridad y fuerzas para reducirlos á la obediencia; que el marqués deseaba la guerra, porque se prometia que el mando se habia de dar á él y á su hijo el conde de Tendilla. En vista de esta representacion se despreció la prudente esposicion del marqués, y no se le enviaron refuerzos para Granada.

No cabia en la cabeza del presidente don Pedro Deza, que pudiera haber un levantamiento general: juzgaba que todo eran maquinaciones de gente perdida, impotente, interesada en revolver el pais. Ni aun llegó á persuadirse de la inminencia de la rebelion y de la guerra, cuando el 23 de diciembre, un jesuita, el padre Albotodo, le dió cuenta de que un morisco arrepentido le habia revelado en la confesion el proyecto de la insurreccion. Se contentó con mandar reforzar las guardias aquella noche, y rondar por sí mismo la ciudad. A la mañana siguiente llegó la noticia de que aquella misma noche una par-

tida de monfís había asesinado en Poqueira á varios escribanos y alguaciles de la audiencia, que habian salido á la sierra á pasar las vacaciones de Pascua, y que los caballeros Diego de Herrera y Juan de Hurtado, que subian desde Motril con cincuenta soldados y una carga de arcabuces, para guarnecer el castillo de Ferreira, al pernoctar en Cañar habian sido degollados en sus mismos alojamientos. Antes que á las autoridades cristianas, llegó la noticia de estos asesinatos al Albaycin, trasmitida por fieles espías.

Tanta era la ceguedad del presidente Deza, que ni aun se alarmó con este fatal suceso, atribuyéndolo á algunos moros berberiscos que habrian desembarcado en la costa, y reuniéndose con los monfís como tantas otras veces para atacar algun pueblo. No se aumentaron las precauciones en la ciudad, salvóse esta por un hecho providencial. Una gran nevada interceptando los pasos y las veredas de los montes, impidió llegar en la noche del 24 de diciembre al pié de los muros de Granada, á un cuerpo de seis mil moriscos montañeses, concertados de antemano. Su gefe Aben-Farax, sin reparar en lo crudo de la noche, con solo doscientos salteadores que pudo reclutar en los lugares de Pinos, Cenes y alquerías inmediatas, diciendo á los alpujarreños que los del Albaycin se le reunirían, y afirmando á los del Albaycin que llegarían los ocho mil hombres de Lecrin y de la Vega, llegó á la media noche á los mu-

ros de Granada, penetró en la ciudad, agujereando el muro, sorprendiendo una guardia de soldados cristianos, recorriendo con su gente, dividida en dos turbas, varias calles, despertando á los moradores del Albaycin al grito sacramental de los árabes: «*No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.*»

Al ver tan poca gente los del Albaycin, no solo no les siguieron sino que se encerraron en sus casas. El toque de las campanas de San Salvador, con que dieron la alarma los cristianos, le hizo salir con su gente por el mismo portillo por donde habia entrado y retirarse á Cenes, despedido y lamentando el compromiso á que le habian conducido los que tan cobardes se mostraban; desesperado al verse privado de los auxilios de los montañeses de la Alpujarra, á quienes la nieve habia cerrado el paso de la sierra.

A la mañana siguiente los cristianos no podian darse cuenta de lo que habia pasado durante la noche. Se reconoció el Albaycin con muchas precauciones, y todo se halló tranquilo, sosegado y encerrados los moros en sus casas. Salió el capitán general en seguimiento de los monfis, hácia la falda de Sierra Nevada, á donde le decian haberse dirigido. No logró alcanzarlos, ni aun verlos. Aben-Farax y sus atrevidos compañeros, habian desaparecido entre las sierras cubiertas de nieve.

Creyeron los moriscos llegado el momento de tremolar francamente la bandera de la insurreccion. Reunidos los monfis y moriscos montañeses, alzaron



por su rey á un jóven de notable valor, descendiente de los antiguos califas Omniadas, llamado entre los moriscos Aben-Humeya; bautizado con el nombre de don Fernando de Valor y Córdoba. Habia sido caballero veinte y cuatro de la ciudad de Granada, empero su desárreglada juventud le habia hecho vender el cargo para poder pagar sus deudas. Hallábase preso en Granada y la noche de la víspera de Navidad, en que Aben-Farax habia hecho su rapidísima invasion en la ciudad, huyó acompañado de un esclavo negro, y de una morisca viuda, su querida, y fué á reunirse en Veznar con sus parientes los Valor; á quienes debió su ilusoria corona.

Al segundo dia de ser elevado Aben-Humeya al efímero trono sobre el que le colocaron los montañeses, se presentó Farax con sus compañías de salteadores, y al saber la eleccion de rey que acababa de hacerse, reclamó para sí aquel honor, por ser también de la noble familia de los Abencerrajés, tener mas esperiencia en el arte de la guerra, y haber sido el primero que habia lanzado en medio del pueblo morisco el grito santo de la libertad. Los de Veznar sostuvieron decididamente la eleccion, y cuando estaban á punto de combatir, se acordó por todos para evitar rivalidades que don Fernando Valor fuese el rey, y Farax su alguacil mayor, la dignidad mas alta que despues de la del rey conocieron los moros.

Farax marchó el 31 de diciembre con quinientos

mónfis ó salteadores, á propagar la insurreccion por todo el pais montuoso del reino de Granada, desde las playas de Vera hasta los confines de Gibraltar. Proclamaron á Mahoma, degollaron á cuantos cristianos caian en sus manos, incendiaron las iglesias, robaron las casas de los que huian á refugiarse en las torres ó en los templos, de donde el hambre ó el fuego los hacia salir para encontrar una muerte lenta y cruel. Por todas partes sembraron el martirio, la desolacion y la muerte, ensañándose mas particularmente con los sacerdotes, añadiendo al martirio de éstos el escarnio y la pública afrenta. El rey Aben-Humeya desaprobó y trató de impedir tanta crueldad, proponiéndose desde luego organizar su gente, pedir socorros al Africa y seguir una nueva política. Mas de tres mil españoles perecieron en el espacio de seis dias, de un modo bárbaro, por orden y á la vista del feroz Aben-Faráx, que ni perdonó á los amigos personales del rey Aben-Humeya.

Al llegar al castillo de Laujar, el 29 de diciembre, morada en otro tiempo del destronado Boábdil, hizo Aben-Humeya separar cautelosamente á Faráx de sus terribles mónfis, y mandando le diese cuenta de sus robos, le depuso del cargo de alguacil mayor que trasladó á Aben-Jahunar el Zagüer, su tio. Asi si bien no se atrevió á arrostrar la impopularidad de quitar la vida á aquel monstruo, inutilizó completamente su influencia. Mandó dar un pregon para que en lo sucesivo no se pudiera dar muerte á

las mujeres y á los niños, y que á los hombres antes de condenarlos se les sometiese á un juicio.

El desaliento y la confusion reinaron en Granada con la noticia del levantamiento general de los moriscos, con la organización que habian tomado eligiendo un rey, y el terror que inspiraban los martirios y cruellísimos suplicios que en todas partes se imponian á los cristianos viejos. Entonces los partidarios mas acérrimos de las medidas severas, se arrepintieron aunque tarde de haber provocado con su temeridad tantas desgracias, y una guerra tan cruel. El prudente y animoso marqués de Mondejar que habia visto condenado su plan de moderacion y templanza y que habia previsto las consecuencias de un inoportuno rigor, puso á Granada al abrigo de un golpe de mano de los rebeldes, y marchó el día 3 de enero á atacarlos en sus mismas montañas con un reducido ejército de dos mil infantes y cuatrocientos caballos, únicos que pudo juntar en todas las ciudades y villas de su capitania general. El marqués de Mondejar pasó al Padul, é hizo alto en aquella poblacion, la primera del valle de Lecrin.

En la noche del 4 de enero es atacada su vanguardia por los moriscos, á las órdenes de un rico labrador del valle llamado el Xaba, empero fueron rechazados los moriscos, teniendo que retirarse á Poqueira, donde se hallaba Aben-Humeya, que condenó á muerte al Xaba por el mal éxito de su ataque nocturno. Permaneció en Durcal algunos dias el marqués

de Mondejar, y despues de haber recibido refuerzos de Ubeda y Baeza y de otros puntos, penetró en el centro de la Alpujarra. Rechazó el 19 de enero á los moriscos que átrincheros en la mesta de Lanjarón, habian cortado el puente de Tablate que facilita el paso de un profundísimo barranco.

Un fraile franciscano, fray Cristóbal Molina, con un Crucifijo en la mano izquierda, una espada en la derecha, los hábitos recogidos en el cordon y una rodela á la espalda, llegó al paso, se apoyó en un madero y saltó. Siguiéronle varios soldados entusiasmados, cayeron algunos rodando y murieron en el fondo del abismo, salvarónse otros mas afortunados y recompusieron el puente, y por alli pasó todo el ejército.

Forzado aquel paso que parecia inespugnable, marchó el marqués á Lanjarón, socorrió á Orjiba, en cuya torre se habian sostenido los cristianos diez y siete dias, peleando continuamente. Socorrida Orjiba se dirigió á Poqueira, en la que entró despues de haber derrotado á Aben-Humeya, que con cuatro mil hombres trató de impedirle el paso de Alfajarabin. Grande fué el botin que alli cogió, muchas las mugeres y los niños que quedaron cautivos.

Al mismo tiempo sufrió un desastre que conternó al ejército. La compañía que dejó el marqués de Mondejar guardando el puente de Tablate, fué sorprendida por quinientos moriscos, que degollaron á los cristianos, y á unos cuantos que buscaron su salva-

cion en una iglesia, los quemaron inhumanamente dentro del edificio. El tío y general del rey Aben-Humeya, el Zagtier, quiso entrar en tratos con el capitán general marqués de Mondejar, ofreciendo entregársele si se les ofrecía un seguro para sus personas. Nada les ofreció al pronto el capitán general, y dirigiéndose sobre el grueso de los rebeldes con un tiempo horroroso de nieves y de aguas, dejando helados en el camino á muchos de sus soldados llegó el 17 de enero á Jubilés, cuyo castillo se le rindió, siendo trescientos los soldados que en él había, con mas doscientas mugeres que allí se habian refugiado. Mandó el marqués por mas seguridad poner á las mugeres dentro de la iglesia, mas como todas no cupiesen, se las colocó en el campo cercadas por una línea de tropa. Era la noche del 18 de enero. Un soldado cristiano quiso á media noche apartar una mora; la doncella se resistió y el raptor la amenazaba; un jóven, amante suyo, que la seguia disfrazado de muger, acudió, dió un golpe al soldado, le arrebató su espada, le hirió y acometió á los demás cristianos: cundió la voz de que entre aquellas mugeres venian varones disfrazados. A esta voz se irritó la soldadesca en la oscuridad de la noche, y asesinó al mancebo y á las demas mugeres. Al centellár del acero, y al siniestro resplandor de las armas de fuego, dice un historiador, fueron inmoladas las infelices, que no tenian mas defensa que sus lágrimas y dolorosos gemidos. La carnicería duró

hasta el amanecer. El marqués irritado, mandó ahorcar á tres de los mas culpables; pequeño castigo de tamaño desman, pero que marcaba la reprobacion del general á aquel acto de barbárie. Bien era necesario esta reprobacion, porque las tropas indisciplinadas y sedientas de rapiña é irritadas con la resistencia, saqueaban las casas de los moriscos, los pasaban á cuchillo, en su furor lo mismo trataban á los moros que hacian la guerra, que á los que vivian pacíficos y apartados de la lucha.

El marqués que habia comenzado sus tratos, para someter por medio de un indulto á los principales caudillos y terminar con una política conciliadora y no por las armas una guerra tan costosa á la España, para borrar en parte la impresion de la horrible matanza de Jubilés mandó dar un salvoconducto á los que habian entregado voluntariamente las armas, desoyendo las murmuraciones de sus capitanes, que querian llevar la guerra á sangre y fuego, y le culpaban de demasiado blando y tolerante con los moriscos. Se puso en comunicacion con Aben-Humeya, á quien hizo le escribiera su grande amigo don Alonso de Granada, escitándole á que se sometiera con un ejército situado en Andaráx, Ugijar y las Guájaras; empero la imprudencia de un capitan cristiano, que sin órden alguna atacó y puso en fuga á un escuadron de moros; en la cuesta de Iniza cerca de Paterna, el 27 de enero, precisamente en los momentos en que Aben-Humeya estaba leyendo la última carta del



marqués de Mondejar, sobre su sumision, le hizo no solo desconfiar y rehusar rendirse aventurando su fortuna á la suerte de las armas, sino que habiendo entrado en recelos de su propia familia, hizo asesinar á su suegro y repudió á su muger.

Los cristianos arrollaron las tropas de Aben-Humeya, se apoderaron de Paterna, cautivaron allí á la madre y á las hermanas del rey Aben-Humeya, á multitud de mugeres moriscas, cogieron un rico botin, y dieron libertad á ciento cincuenta cristianas que tenian cautivas. Ignorante el marqués de Mondejar del efecto que habia producido en Aben-Humeya el imprudente ataque de Paterna cuando se hallaba á punto de rendirse, mandó hacer alto á su gente en un encinar, aguardando de un momento á otro el ver llegar á Aben-Humeya para hacer su sumision.

El ejército, no sabedor de los tratos que mediaban entre su general y el caudillo de los rebeldes, murmuraba de que no se le dejase marchar en persecucion del enemigo. Al dia siguiente continuó su marcha el marqués de Mondejar, siguió á los fugitivos y ocupó á Andaráx, donde, siguiendo su política, dejó en sus casas á los moros que vinieron á someterse, y mandó entregar á tres alguaciles de la tierra mas de mil moriscas de las que llevaba cautivas, para que estos las devolviesen á sus familias.

Volvió el marqués á Ugijar, permaneció allí cinco dias preparando una espedicion á las Guájaras, tierra de Salobreña y Almuñecar, famosas



por el Peñon de Guajar Alto, sitio fuerte en la cumbre de un escarpado monte, accesible solo por una vereda angosta y prolongada durante un cuarto de legua. Allí habia mil hombres valientes y decididos, á las órdenes del Zamar, alguacil de Jatar. El 11 de febrero, despues de tres ataques en que las tropas cristianas hicieron prodigios de valor, llegaron casi á la cumbre, empero indecisa la victoria; defirió el marqués de Mondejar el postrer ataque para el dia siguiente. Aprovecharon aquella noche el Zamar y los suyos para salir con muchas mugeres que quisieron seguirlos, y calladamente y por sendas y despeñaderos se deslizaron hácia las Albuñuelas. Al amanecer del dia 12 de febrero ocuparon las tropas cristianas el fuerte, y el marqués, para desmentir la reputacion de blando con los vencidos, de que le motejaban en el ejército y en Granada, permitió fuesen degollados los viejos, las mugeres y los niños, que confiados en la clemencia del vencedor, habian permanecido en el fuerte. El Zamar, cargado con una hija suya de trece años, desmayada con el cansancio de la huida, fué alcanzado por la caballería cristiana que salió á perseguir á los fugitivos, se defendió heroicamente, pero herido en un muslo, fué preso, llevado á Granada, y condenado á morir atenaceado. El marqués repartió el botin entre los soldados, é hizo asolar el fuerte. La victoria de las Guájaras acabó de reducir la Alpujarra. Faltaba solo para completar su triunfo al marqués de Monde-

jar apoderarse del rey de los moriscos Aben-Humeya y de su tío el Zagüer.

Supo por sus espías que se retiraban por la noche á Mecina en casa de Aben-Aboo, moro influyente que allí vivia con la salvaguardia del marqués. Mandó con seiscientos hombres al capitán don Gaspar Maldonado para sorprenderlos. A un soldado al estar cerca de la casa se le escapó el tiro de su arcabuz y dió la alarma. El Zagüer con otros moros se arrojaron por la ventana y ganaron la sierra. Aben-Humeya que se hallaba durmiendo, salta de la cama y encuentra la casa cercada de los cristianos. Trabajaban para derribar la puerta. Abrela de pronto Aben-Humeya, precipítanse en tropel adentro los soldados con grande oscuridad, y él queda escondido tras del umbral, escapando á la muerte por este ardid y su gran serenidad.

En tanto que el marqués de Mondejar batia á los rebeldes por la parte de Orgiba, el marqués de los Velez con sus capitanes penetró con las tropas que sacó de Murcia por la parte de Lorca, adelantándose hasta Oria, recorriendo la tierra de Filabres, y sentando el día 13 de enero sus reales en la villa de Tabernas.

El movimiento del marqués de los Velez en un territorio en que no ejercia mando, fué una especie de desaire que se hizo por el rey á instigacion del presidente Deza, al prudente y esforzado capitán general de Granada. El marqués de los Velez conti-